Num. 159.

PRIMERA RELACION

LAS MISAS DE SAN VICENTE FERRER.

YAce en la gran Etyopia
Trono adusto, y peregrino
del mayor Planeta el siempre
ambito de su epiciclo,
Reyno de Cógruo à quien riega,
como otro segundo Nilo,
el Palayte, coronado
por Monarcha de los Rios,
Riega sus verdes campañas,
desde la cumbre de un risco,
clima del pardo Neronte,
por cuyo elevado Olympo,
trueno de cristal reparte
blanco, diluvios de vidrio,
En este basto País
nací de la noche hijo,
para ser de la fortuna,
si blanco de sus delirios,
sombra organizada; pues
naturaleza me hizo,
por la violencia del Sol,
viviente lunar del siglo.
Crieme entre aquellas fieras,
en las cumbres tan nocivo
que aunque no se ofende el alma
de aqueste negro vestido,
porque ella se viste siempre
de la color de su juicio,
no sè què se tiene el trage,
pues hasta el blanco mas fino,
mas sabio, docto, y prudente,
si anda pobre, y mal vestido,
es fabula de los necios,
y aunque mi genio era vivo,
y altivos mis pensamientos,
en mirandome teñido
de la color de Etyopia,
me aborrecia á mi mismo,
porque es fuerte pension
(no sé yo porque delito)
que al nacer le diese en rostro
à un hombre todo el abismo.
De quatro lustros seria,
quando estando entre unos riscos
con otros Isleños, viendo
los paramos cristalinos
del Occeano, una Nave,
volante Cisne de Pino,
divisamos, y admiramos
de vèr el nuevo prodigio,
quedamos sobre los montes
(torres del monstruo marino)
negros peñascos, si no
vegetativos Olympos.
De Españoles era el leño,
y apenas los descubrimos,
quando disparando à un tiempo
los ya prevenidos tiros,
y los Laudes de Marte,
animando los sentidos
nos hicieron salva, y dando
por las luces del oido
dulces palabras á quien
ignoraba los designios,

de

de paz saltaron en tierra,
y en fè de que eran amigos,
mas de doscientos Isleños
conduxeron al Navio;
pero apenas nos tuvieron
en su poder quando altivos,
tendiendo todo el velamen
por los campos cristalinos,
alas le prestó el Fabonio,
llevandonos por cautivos,
sin mas ley, ni mas derecho,
que la ambicion, conocido
pretexto de la codicia,
Hydra feroz de los siglos.
Pero què mucho, si el Cielo
nos puso para testigo
de la sujecion la mancha
mas horrible que ha tenido
Nacion en el mundo; pues
con nuestra tinta escribimos
la esclavitud, que traemos,
aun antes de haver nacido.
Dos meses, y mas surcamos
del mar los pielagos vimos,
hasta que un dia del Austro
un huracan desasido,
empezó á empollar las aguas,
y al cerrar la noche, vimos,
que sobre el Baxèl venia
(de un abysmo en otro abysmo)
una cima de elementos,
un Babèl de torvellinos,
y cogiendole entre quatro
montañas de agua, y granizo,
trayendola al redopelo,
dando el ultimo gemido,
bebió en urnas de cristal
el postrero parasismo.
En tan lastimoso trance,
no quedó ninguno vivo,
sino yo, que en una tabla,
á direccion del destino,
fluctuè toda la noche,
y al ver el nevado gyro
del Alva, me arrojó el mar,
ò el Cielo de compasivo
á tierra; pero tan muerto,
tan sin vida, y tan rendido,
que al bolver en mi me hallé
en brazos de un Peregrino
anciano à quien yo juzguè,
por las pieles del vestido,
por lo horrible del aspecto,
que era algun fiero vestigio,
y me engañé, que el anciano
era Español, segun dixo,
tan docto en todas las ciencias
(pues las practicó conmigo)
que pudiera ser de Athènas
admiracion, y prodigio.
Llevóme á su estancia, donde
un natural edificio
era su Alcazar, y en èl
estudiaba en unos libros
la ciencia mas verdadera.
Yo, que aprendí en el Navio
de la lengua Castellana
algunos nobles principios,
le agradeci la piedad,
que conmigo havia tenido:
Un año estuve aprendiendo
la lengua Española, y visto
mi cuydado, y diligencia,
à lo eminente de un risco
me llevó un dia, y en èl,
Sumillèr del Sol Divino,
me mostró un hombre pendiente
de un mysterioso suplicio.
Un leño cruzado era,
el Arbol del Parayso;
los pies, y manos, las quatro
fuentes de corales vivos;
el Costado de agua, y sangre,
la puerta del Cielo mismo;
los ojos las dos Antorchas.
con que alumbraban el Trino;
la boca, por ser palabra,
de un Querubin encendido,
y de tal suerte mezclaba
lo humano con lo Divino,
la

la pasion con el respeto,
con lo grave el señorio,
que dixe, viendo la Imagen,
elevado, y suspendido:
què Deydad es esta, Cielos?
Y el noble anciano me dixo:
Este es del Hijo de Dios
un vivo retrato escrito,
Dios, y Hombre verdadero,
que à salvar el mundo vino.
Este es el Manso Cordero,
que se ofreciò en sacrificio,
redimiendo con su sangre
nuestras culpas, y delitos.
Aqui un relampago ardiente
fue del alma Paraninfo:
y dixe con el afecto,
y mejor con el auxilio:
pues á este Señor adoro,
su Ley soberana sigo.
Entonces lleno de gozo,
sacò mi Maestro un libro,
y despues que me enseñó
el verdadero camino,
en un cristalino arroyo
me dió el agua del Bautismo.
Pusome por nombre Juan,
seis años juntos vivimos,
de cuya feliz escuela
la doctrina de los libros
sagrados me dieron luz
de Catholicos avisos;
pero como son los años
de la vida basiliscos,
llegò la hora fatal
de mi dueño, mal he dicho:
Llegòse de mi fortuna
el ultimo precipicio,
pluguiera à Dios, que en lugar
de su fin llegara el mio,
q̃ el que pierde el norte, y queda
en este mar de los vicios,
qué puerto puede esperar,
sino su mismo peligro?
Halléme solo, y quedè,
como el hijo, que ha perdido
su noble Padre, (aqui empiezã
mis desdichas, mis castigos)
pues apenas le di al cuerpo
sepultura, quando vino
una Fragata de Argél,
de quien era dueño altivo
Hazén, Turco de Nacion.
yo, que á la margen de un Rio
aumentaba sus corrientes
con lagrymas, y suspiros,
me hallé en poder de Pyratas
segunda vez por cautivo:
llevòme á Argèl, y despues
que robamos dos Navios
de Genova, donde fui
rayo, huracan, y prodigio,
sin decir, que era Christiano,
pasè à venerar los Ritos
del Alcoràn, engañado
de las riquezas, y vicios,
que mi dueño, y sus preceptos
le daban à mi alvedrío.
Sabe el Cielo quanto siento
este sacrilegio indigno
del nombre Christiano, pues
(este es mi mayor delito)
el Juan troquè por Muley,
y à Pyrata foragido
me incliné, dandome luego
por mi valor, por mi brio
Hazén tres fuertes Fragatas,
en cuyos leños, prodigio
fui en todas aquellas Costas,
hasta que robe un Navio,
y en èl una Dama, en quien
copiò el Pintor infinito
con su poder soberano
las luzes del lienzo mismo.
Iba con ella su amante,
á quien con nombre fingido
daba titulo de hermano,
quedé á su beldad rendido,
y ella astuta, y engañosa,
con amoroso artificio

daba

daba oidos á mis quexas,
y atencion à mis oidos.
Arrojónos la tormenta,
pues à un tiempo la corrimos:
á las Islas Baleares,
y yo ciego en mi delirio,
salté en tierra, con intento
de gozar los peregrinos
favores de la Christiana:
y como la noche ha sido
de las trayciones amparo,
y capa de los delitos,
ella, y su amante pudieron
executar vengativos
su venganza con mi muerte;
pero el Cielo le previno
á mi innocencia tu amparo,
pues con Catolico arbitrio
á tu Bxél me llevaste,
con cuya piedad ha sido
mi dicha tanta, que gozo
la vida, que te dedico.
Esta, señor, es la historia
de quien Chronista ha sido
la fortuna, que es el movil
por donde ruedan los siglos.
Tu esclavo soy, y confieso,
que estoy tan favorecido
de tu virtud, y nobleza,
que con fè te sacrifico
en las aras de tu amor
el mas puro beneficio,
que es servirte con lealtad,
y bien puedes, señor mio,
blasonar, que por esclavo
llevas un hombre, que ha sido
en los dos mares pyrata,
y en sus Costas tan temido,
como te ha dicho la fama,
cuyos hechos peregrinos,
cuyas insignes victorias,
ofrezco, consagro, y rindo
á tu sangre, á tu nobleza,
à quien con alma suplico,
que pues me diste la vida,
y en fé de tu aliento vivo,
que disponga de ella, pues
el blason mas escogido,
mas altivo, y mas heroyco,
que pudo darme el destino,
es llegar á ser tu esclavo,
pues con serlo he conseguido
del alma la libertad,
de la conciencia el aviso,
de la Fè los desengaños,
de la vida los peligros,
y finalmente, el no ser
homicida de mi mismo,
que pues tan piadoso el Cielo
por medio tuyo ha querido
darme vida, porque enmiende
los errores cometidos,
dexarè del Alcoran
los siempre infernales Ritos,
siguiendo como Christiano
la Ley sagrada de Christo.

Con licencia: En Córdoba, en la Imprenta de D. Luis de Ramos y Cória, Plazuela de las Cañas.